

“Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria.”

Liz Freitas*

Este trabajo es una síntesis comentada del libro “Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria”, escrito por Guillermo Obiols y Silvia di Segni. El mismo se enmarca en una postura analítica acerca de la interrelación entre los distintos ámbitos de la sociedad, en el contexto transformacional que ha comenzado a gestarse en los últimos años.

La escuela secundaria, una institución hija de las ideas de la modernidad, ingresa en una crisis mucho más profunda que en cualquiera de sus etapas anteriores. ¿A qué se debe? Es que el cambio parece ser el denominador común de las últimas décadas. Transformaciones que estriban, fundamentalmente, en innovaciones relativas a la cultura, repercuten en todas las áreas de la sociedad. Dentro de ella, buena parte de los adolescentes de fin de siglo se hallan influidos por un “clima de ideas” de posmodernidad. La cosmovisión moderna, omnipresente hasta la segunda mitad del siglo XX, exhala ya sus últimos suspiros...

Pero, ¿a qué se ha denominado “Modernidad”? Modernidad es, a grandes rasgos, un modelo, una idiosincrasia, un proyecto social que implica la culminación de la cosmovisión cristiana, hegemónica en Europa durante la Edad Media, y el nacimiento de una mentalidad menos religiosa y más profana, adherida al antropocentrismo. Surgida aproximadamente en los siglos XV y XVI con los nuevos descubrimientos geográficos, extensión del imperialismo occidental y avances en el conocimiento científico, la modernidad implica una fe desmedida hacia la ciencia, capaz de emancipar al hombre y traerle felicidad, y el rasgo que la define remite a una concepción de la vida que tiene como base sólida a la razón (fundamento del llamado “Siglo de las Luces”).

Si bien en el siglo XIX las ideas de la modernidad son objeto de críticas y de

replanteos –a partir de la influencia de pensadores como J. Herder, del romanticismo y de Nietzsche– desde Descartes hasta Marx la idiosincrasia moderna ha modelado el mundo en que vivimos, y su sello se encuentra presente en los valores, las creencias y las actitudes de millones de hombres por todo el planeta.

Pero, progresivamente, algo empieza a cambiar. La razón todopoderosa mostró sus límites y la ciencia infalible admitió que no era omnipotente. Caen los mitos de la ciencia moderna –infalibilidad, objetividad absoluta y neutralidad– y, con ellos, la idiosincrasia moderna pierde su pilar fundamental. El edificio “moderno” comienza a derrumbarse...

La posmodernidad asoma de manera gradual y creciente –incubada inicialmente en las sociedades posindustriales (propias de los países capitalistas avanzados de la segunda mitad del siglo XX)– y refiere a la época del desencanto, el fin de las utopías, y la ausencia de los grandes proyectos que descansaban en la idea de progreso. El desencanto se produce porque se considera que los ideales de la modernidad no se cumplieron. Todos los “grandes relatos”, según Lyotard, han entrado en crisis, han sido invalidados en el curso de los últimos cincuenta años por diferentes acontecimientos, desde los campos de concentración, pues no todo lo real es racional, hasta la crisis del marxismo. Esta postura se vincula estrechamente con la visión de la Escuela de Frankfurt, según la cual la Ilustración, cuando alcanza su ápice, se transforma en irracionalidad (por la utilización de la razón técnica en las relaciones entre seres humanos) En palabras de Adorno y Horkheimer (apud Giroux, 1995), *“aun la tierra totalmente iluminada radia el desastre triunfante”*.

¿Qué desastre? Como expresa Lyotard, las distintas formas de contar y suponer la emancipación de la historia han fracasado.



Es la muerte de las utopías o de las ideologías.

Pero, ¿qué queda cuando se desvanecen las utopías? En lugar del futuro, *el presente* y algo del pasado...

El mundo posmoderno es el del predominio de lo ornamental y lo escenográfico. La comunicación por imagen predomina, por lo que los jóvenes se acostumbran rápidamente a las pautas de un lenguaje visual muy complejo y rápido y se aburren frente a un paneo, una cámara fija o una comunicación con muchas palabras.

En el momento actual los adolescentes ocupan un gran espacio; sobre todo, aparece socialmente un modelo adolescente a través de los medios masivos en general que supone que hay que llegar a la adolescencia e instalarse en ella para siempre. La consigna es detener el tiempo: "*Carpe Diem*", ya decía Quinto Horacio Flaco en el siglo VII A.C.: "*vive el momento*".

En este sentido, se genera un fenómeno particular, el de "adolescentización" de la sociedad, desde que las personas intentan permanentemente ostentar una imagen de juventud perenne y hábitos de vida semejantes a los de los adolescentes. Pero el intentar, los adultos, parecerse a los adolescentes, puede traer consecuencias negativas al joven. En palabras de Dolto, "*lo que más hace sufrir a los adolescentes es ver que los padres tratan de vivir a imagen de sus hijos y quieren hacerles la competencia*". Es el mundo al revés... Los adolescentes se ven obligados a ser padres de sí mismos, situación que les da más libertad pero para la que no cuentan con elementos suficientes.

Este adolescente se diferencia mucho del que lo ha antecedido. En contraposición con el adolescente moderno, que vivía en crisis, inseguro, idealista, rebelde y fiel portador de ideales, en la posmodernidad parece que la cultura que rodea al adolescente ha decretado el "fin de las ideologías". A través de los medios masivos de comunicación se muestra un adolescente que no siente ya la necesidad de construir una ética propia ni de rebelarse contra lo que no cree correcto. Los adolescentes posmodernos no ven a sus padres como personas muy diferentes de ellos, encuentran que están de acuerdo con la educación que recibieron y no sienten

una "brecha generacional" que los separe de la generación anterior (como sucedía con el adolescente moderno) No hay, ya, ideología de la que se hable. Las transformaciones que implica la transición hacia la sociedad posmoderna han sido profundas y han alcanzado a todos -o casi todos- los ámbitos de la sociedad, y entre ellos, a la educación. En este sentido, ¿qué cambios ha experimentado la escuela?

La escuela ha estado siempre inmersa en una sociedad que configura su idiosincrasia institucional, y los ideales de preparación profesional y obligatoriedad que ha tradicionalmente detentado devienen de los propios postulados de la revolución francesa, época en que la escuela pasa a estar en manos del Estado.

Pero la sociedad, claro está, evoluciona, por lo que la escuela, como tal, debería transformarse continuamente, actualizando sus prácticas. Sin embargo esta actualización no siempre tuvo lugar, y la escuela inspirada en la obra de los enciclopedistas derivó, hace ya tiempo, en muchos casos en "enciclopedismo" es decir en una escuela que trasmite un conocimiento socialmente poco significativo, memorístico, libresco, superficial, dogmático, vaciado de espíritu crítico y cargado de pedantería. Los rápidos desarrollos del saber quedaron fuera de la escuela y la obsolescencia de los contenidos marcó el divorcio entre escuela y sociedad. Burocratizada, rutinaria e ignorante en buena medida de las transformaciones sociales que tenían lugar a su alrededor, la escuela secundaria no ha sabido delinear una política capaz de dar cuenta en algún sentido de la nueva cultura juvenil. El resultado es una crisis profunda...

La desconsideración de los incipientes rasgos posmodernos por parte de las prácticas educativas trae consecuencias importantes. A nivel áulico, poner actualmente en marcha la clase implica conseguir atención; atención que aparece con características del tipo "televisivo", y que suele ser dispersa. Además, la mayoría muestra dificultad en la expresión de las ideas en forma oral o escrita; los adolescentes tienen conciencia de tal dificultad pero pareciera que la moda "*decontractée*" (despatarro, tranquilidad excesiva) se extiende a la redacción, a la



caligrafía y a la ortografía, habilidades a las que no otorgan importancia. El aprendizaje de conceptos abstractos es mal recibido (aún no han llegado a la etapa “operacional formal”, mal que le pese a Piaget) y hay un constante intento, por parte de los adolescentes, de elastizar los límites.

Y los profesores, ¿cómo se enfrentan a estas realidades? Los docentes que entran al aula manifiestan diferentes actitudes. Los hay quienes imponen un clima de terror a partir de pautas rígidas y castigos ejemplares; mantienen una rigidez ante la clase que no permite el menor acercamiento, e imparten clases académicas para las cuales no es necesario ni ventajoso que los alumnos intervengan. Estos docentes responden al modelo “autoritario”, que, en su nivel patológico, se sirve de la “desmentida” para desestructurar al joven.

En el otro extremo aparece un docente simpático, buen conversador, que no sigue programa alguno, utiliza métodos de trabajo y evaluación grupales, y entiende las ausencias y llegadas tardes de los estudiantes. Este profesor responde al modelo “demagógico”, que no exigirá en función del conocimiento, sólo en función de conseguir aplausos para sí mismo. Este modelo de docente es, al igual que el anterior, perjudicial para el adolescente.

Pero éstos no son los únicos tipos de docente; hay profesores cuya práctica aun en este tiempo los hace destinatarios de profundo respeto y admiración. Y por eso llaman la atención los cambios en la valoración del rol docente. El lugar del docente de secundaria fue descrito clásicamente como el de un sustituto válido y necesario de los padres en una época de rebelión, al cual se destinaba aprecio y estima. Sin embargo, el docente que entra hoy por hoy al aula no se encuentra con esta situación de admiración, debido fundamentalmente a la devaluación de la profesión docente y por la innegable competencia que el éxito de las figuras televisivas imparte en su valoración. Lo cierto es que en la medida que la escuela y los profesores no son la pantalla preferida, la consecuencia es el aburrimiento.

Por lo que se trata al adolescente como un niño pequeño todavía poco capaz de tolerar frustraciones, al que hay que motivar, entretener y contener afectivamente; convirtiéndose la escuela, así, en un jardín de infantes para adolescentes, donde sólo se podrá apelar al placer y nunca al esfuerzo como técnica educativa.

Esto remite a que los aprendizajes de tipo socio-afectivo (actitudes, hábitos y valores) han sido privilegiados, formalmente, frente a los cognoscitivos, que han sido minimizados. La “contrapedagogía” que

Témpera y lápiz acuarelable
(técnica mixta). 46x31. Rodrigo
Olivera. Estudiante del IFDR



emana de las nuevas prácticas, genera un “facilismo” –fuertemente criticado por Gramsci– que remite al intento de aquellos que quieren simplificar los aprendizajes escolares o reducirlos a un simple juego amable. Al contrario de lo que pudiera parecer, la “pedagogía light” trae consecuencias negativas. También el estudio es un trabajo y muy fatigoso, con un aprendizaje intelectual y nervioso-muscular; es un proceso de adaptación, un hábito adquirido con esfuerzo y también con sufrimiento. *La fatiga es, pues, necesaria si se desea aprender.*

Entonces, ¿cuáles son las causas que determinan la crisis por la que la educación viene atravesando? Frente al deslizamiento posmoderno, la escuela todavía es rígida y disciplinaria; como contrapartida al predominio de la palabra, las imágenes son pocas y viejas; y la escuela es “seria” en los rostros del director, del inspector y de los profesores. Así, pues, el malentendido que separa esta institución de sus usuarios va en aumento: la escuela es moderna, los alumnos son posmodernos. Esta contraposición podría dar cuenta de la profunda crisis que afecta a la institución.

En conclusión, puede decirse que el grado de desarrollo alcanzado por las sociedades posindustriales significa un desafío a la educación, en general, y a la escuela secundaria en particular, un reto que implica comenzar a desarrollar acciones eficaces y certeras destinadas a combatir la crisis a que está sujeta. Si la sociedad está cambiando, es necesario que la educación acompañe las transformaciones, y no de una manera pasiva y ciega, sino de manera activa, reflexionando sobre su propio accionar, concientizando a los docentes a que problematicen su quehacer educativo, y rescatando de los albores de la historia la importancia, la consideración y la justa valoración que la actividad docente merece.

Los cambios se generan a una velocidad descomunal, y se requieren cada vez más individuos interiorizados en los conocimientos necesarios para desempeñar las distintas profesiones. Se trata de suscitar la *especialización* pero sin caer en la imagen restrictiva que implica el desconocer toda la dimensión holística de la realidad, constituida, como lo expresa Morin, no por una simple suma de partes, sino como un fenómeno completo, integral, indivisible.

Hoy es posible más que nunca lograr una educación de nivel secundario de tipo integrada, “polivalente” o “comprehensiva”, cuya formación posibilite al individuo una participación activa en la vida social, una mejor capacitación para el mundo del trabajo y la continuación de estudios de nivel superior.

Es necesaria una toma de decisiones consciente y tendiente al cambio por el progreso. Desde la idea de Comte, aunque una sociedad demasiado dinámica provoca inseguridad, una realidad demasiado estática provoca estancamiento. Y no queremos estancamiento, queremos innovación hacia “algo mejor”. Enaltezco esas ¿palabrerías utópicas? porque en verdad, a mi parecer, pueden llegar a concretizarse. Y de ello nos podríamos encargar nosotros, los futuros docentes, que en este camino estamos sembrando la semilla de la reflexión en nuestra propia conciencia, que ha sido hasta ayer, de algún modo, inconsciente, coartada por la imagen estéticamente hermosa de la posmodernidad, imagen ahora desdibujada por la faceta real que se hallaba detrás del maquillaje...

** Estudiante de 2º año del profesorado de Literatura en el Centro Regional de Profesores del Norte*

Bibliografía

- BOLLO, S. 1957. *Elementos de literatura latina: Virgilio y Horacio*. Montevideo: Barreiro y Ramos S.A.
- GIDDENS, A. 1996. *Sociología*. Madrid: Alianza Editorial.
- GIROUX, H. 1995. *Teoría y resistencia en Educación*. México: Editorial Siglo XXI.
- MORIN, E. 1997. *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- OBIOLS, G; DI SEGNI, S. 1998. *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria: la crisis en la enseñanza media*. Buenos Aires: Kapelusz.
- RITZER, G. 1996. *Teoría sociológica contemporánea*. Madrid: Mc Graw-Hill.
- WOOLFOLK, A. 1996. *Psicología Educativa*. México: Pearson-Prentice Hall.